PUBLICACIÓN PERIÓDICA · AÑO 5 · Nº 8 · AGOSTO 2008 · SIMOCA · BUENOS AIRES COLONIAL · LA BOCA

FUNDANDO PUEBLOS

FARMACÉUTICOS PIONEROS QUE ACOMPAÑARON LA FUNDACIÓN DE PUEBLOS Y CIUDADES ARGENTINAS

EN HOMENAJE A LA PROFESIÓN FARMACÉUTICA ARGENTINA

Con el auspicio de la
Confederación
Farmacéutica Argentina

M&E

HISTORIA DE LA FUNDACIÓN DE PUEBLOS Y CIUDADES DE LA REPÚBLICA ARGENTINA Y DE LOS FARMACÉUTICOS PIONEROS QUE ACOMPAÑARON SU FUNDACIÓN

EN HOMENAJE
A LA PROFESIÓN
FARMACÉUTICA
ARGENTINA

SUMARIO

SIMOCA

08 - Y la gringa dijo sí.
14 - La farmacia decana
17 - Datos históricos

BUENOS AIRES COLONIAL

20 - Boticas y boticarios del Buenos Aires colonial
25 - La expulsión de los jesuitas
32 - La botica del Colegio
34 - La primera inspección de farmacias
37 - El Protomedicato
40 - Las recetas del virrey
41 - Datos históricos

LA BOCA

44 - Casi una república independiente
49 - Un hito en Brown y Lamadrid
53 - Tertulias de lujo
56 - Datos históricos

FARMACIAS CENTENARIAS

58 - Farmacia Aragno de San Vicente, Santa Fe
60 - Bibliografía y agradecimientos

QUIÉNES HACEN "FUNDANDO PUEBLOS"

Investigación histórica, redacción de artículos y edición
María Masquelet y Ricardo López Dusil.

María Masquelet es periodista y profesora en Letras (Universidad de Buenos Aires).
Se dedica a asesorar, capacitar y producir material escrito para empresas. Durante 18 años trabajó en el diario La Nación, donde fue la editora del suplemento Empleos entre 1997 y 2006. También ejerció la docencia universitaria.

Ricardo López Dusil ejerce el periodismo desde 1977. Ha trabajado durante 22 años en el diario La Nación, de los cuales los últimos 12 años se desempeñó como editor de Internacionales. Colabora en diversos medios nacionales y extranjeros.
Es autor del libro "Todos bajo un mismo cielo -diálogo entre las culturas católica, judía y musulmana" (Edhasa, 2006).

Diseño Gráfico
Guillermo Tomay

Guillermo Tomay es egresado de Bellas Artes. Desde hace más de 30 años se ha especializado en diseño gráfico. En 1990 decide radicarse en España donde ha desarrollado una exitosa carrera profesional.

Fotografías actuales
Ricardo López Dusil / María Masquelet / Pablo Barenboim

Impresión
Parada Obiol Artes Gráficas S.R.L.

Idea, desarrollo, producción general y patrocinio
LABORATORIOS MONSERRAT Y ECLAIR S. A.

Publicación periódica de entrega gratuita distribuida por
LABORATORIOS MONSERRAT Y ECLAIR S. A.
Virrey Cevallos 1623/25/27 C1135AAI
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
República Argentina
Teléfonos y Fax (011) 4304-4524 y líneas rotativas

LABORATORIOS MONSERRAT Y ECLAIR S.A.
se reserva el derecho de publicar gratuitamente todo material que reciba en forma espontánea. El material recibido queda en poder de la empresa salvo acuerdo específico sobre la utilización del mismo.
En caso de reproducción total o parcial debe mencionarse su origen y a LABORATORIOS MONSERRAT Y ECLAIR S.A.

EDITORIAL

Farmacia y Farmacéuticos - Su Pasado

Desde el origen de los tiempos, el hombre sintió la necesidad de proteger su cuerpo de sí mismo y del medio ambiente, para conservar así su integridad física. El medicamento era para el hombre primitivo una ofrenda de los dioses. Médico y farmacéutico estaban representados por la misma figura hasta que en el siglo XII, mediante un edicto de Federico II, se separó el ejercicio de la Farmacia de la Medicina y se creó una legislación farmacéutica considerada la Carta Magna de la Farmacia.

El nombre de Farmacia tiene su origen etimológico en la palabra Pharmacum, que deriva del griego Pharmakon, que representa el medicamento o veneno, y es aplicado también al local donde se preparan y expenden los medicamentos y las drogas.

La Farmacia es la ciencia cuyo objeto es el conocimiento de los materiales farmacéuticos, su adquisición, recolección, reposición y las leyes que rigen la elaboración de los medicamentos. Las tres funciones básicas del farmacéutico consisten en la elaboración, análisis y dispensación de drogas y medicamentos.

Botica proviene de apotheca, nombre con que Plinio el Viejo designaba los establecimientos en los que se expendían drogas y medicamentos. De este vocablo ha nacido la voz española botica, la italiana bottega, la francesa boutique o apothicaire, la alemana Apotheker, la inglesa apothecary.

La primera oficina de farmacia aparece en Bagdad, fundada por el califa Almanzur en el siglo VIII de nuestra era. En un códice del siglo XIV se observa que la farmacia daba a la calle separada por un mostrador y los pacientes permanecían en la calle mientras adquirían los medicamentos.

Ha pasado el tiempo, pero la Farmacia ha ocupado tanto en el nivel nacional como internacional un papel trascendental en las sociedades, con el farmacéutico como actor principal. A las tertulias de rebotica, asistían durante la noche el médico, el sacerdote, el político y allí el farmacéutico preparaba una bebida espirituosa, mientras en el exterior de la farmacia se mantenía prendido el farol que indicaba el servicio nocturno en una tradicional y misteriosa estampa de época. Las boticas tenían su santo o imagen de cuerpo entero, que ocupaba el estante frente a la puerta de entrada. Los frascos con las virtudes teologales, que indica que la fe ocupa un papel importante en la curación de una enfermedad, es el entorno místico que tiene su origen en los tiempos de Esculapio.

De estas tertulias, se originaron sociedades científicas y literarias. En la Argentina, el 12 de agosto de 1856, gracias al farmacéutico Bartolomé Marenco que convocó a 43 colegas, se formó la Asociación Farmacéutica Bonaerense, con la dirección de Marenco y los vocales Luis Soares, Martiniano Paso, Marcos Demarchi y Miguel Puiggari. Adhirieron a esa asamblea los farmacéuticos Camilo Giovanelli, Luis Souda, Pedro de Luca, Nicéforo de la Masa, Pedro Banón, Juan Marenco, Alejo Moine, Estanislao Franco, Esteban Massini, Emilio Furque, José Ignacio Robles, Ramón Toledo, Herminio Betinotti, Pedro Peytavi, Samuel Bishop, Luis Guien, Edmundo D. Cranwell, Daniel Cranwell, Hermenegildo Pina, Rodolfo Wolff, Guillermo Labrué, Santiago Torres, Francisco S. Burgos, Domingo Podestá, Carlos Murray, Zenón del Arca, Mateo Aguiar, Juan Arizabalo, Aurelio French, Isidro Neyer, Antonio Demarchi, Rafael Amoedo, José Aguirre, Carlos Malvigne, José M. Bruno, Carlos Cercana, José A. Linera Mellan y Demetrio Demarchi.

Esta asociación dio origen en 1858 a la Revista Farmacéutica, considerada una de las revistas científicas más antiguas del país, cuyo primer director fue el doctor Miguel Puiggari (p) En esta revista, se observa el quehacer profesional con las novedades que llegaban del extranjero, los trabajos de investigación que publicaban los profesores de la entonces Escuela de Farmacia, publicidades de medicamentos, la actuación de la institución ante la Escuela, ya que intervenía en la designación de profesores, modificación de los planes de estudio y logros alcanzados en defensa del profesional. Además, en los primeros tiempos, los médicos y químicos no tenían sus propias revistas y la utilizaban para difundir temas de actualidad o inherentes a la historia de las profesiones.

Fue la Asociación la primera organización grupal que en el período posterior a Caseros dio el primer toque de atención sobre la necesidad de impulsar el desarrollo científico e industrial, organizando además la Primera Exposición sobre Industria Farmacéutica Argentina.

La Asociación Farmacéutica Bonaerense, luego Sociedad Nacional de Farmacia Argentina, Asociación Farmacéutica y Bioquímica Argentina fue cambiando de denominaciones. Hoy está representada por la Academia Nacional de Farmacia y Bioquímica, y su presidente actual es el profesor doctor Modesto C. Rubio.

Dice el escritor José Ortega y Gasset: "El progreso no consiste en aniquilar hoy el ayer sino en rescatar aquella esencia del ayer que tuvo la virtud de crear ese hoy mejor".

En estos tiempos, en que todo es mediático y veloz y parecería que las personas no pueden detenerse un momento para reflexionar, es importante que las nuevas generaciones sepan que el farmacéutico ocupó puestos relevantes en la vida nacional y fue una figura de peso y respeto en todas las esferas que le tocó actuar.

El Museo de la Farmacia "Dra. Rosa D 'Alessio de Carnevale Bonino" desea a través de este editorial dar gracias a ese pasado que debe ser semilla para proyectar la profesión a los jóvenes farmacéuticos, y ésta es también una de las funciones de nuestro museo.

Si no volviéramos al pasado, no conoceríamos nuestras raíces, no seríamos dueños de nuestra identidad y seríamos esclavos de nuestra ignorancia.

Rafael A. Mora / Roberto García
Museo de la Farmacia "Dra. Rosa D 'Alessio de Carnevale Bonino"
Facultad de Farmacia y Bioquímica
Universidad de Buenos Aires

TUCUMANSIMOCA

UN PUEBLO DE LARGAS SIESTAS Y DE TRACCION A SANGRE

OTRAS HISTORIAS

Cuestión de buen busto

Muchísimo antes del desarrollo de las prótesis de siliconas y de la cirugía estética, nuestras abuelas contaron con otras alternativas para embellecer el busto. Entre las primeras publicidades dedicadas al tema encontramos dos perlitas, de comienzos del siglo XX.

En el diario la Nación del 27 de octubre de 1906 se publica un aviso de la loción Mammigene en el que dice: "Cuántas jóvenes y mujeres cuyo pecho está poco desarrollado, cuántas madres teniendo el pecho agobiado a consecuencia del amamantamiento, no habrán envidiado las de sus amigas que tienen un busto ideal. No tendrán más que ambicionarlas haciendo uso de la loción MAMMIGENE, producto absolutamente

(cont. pág. 9)

Y la gringa dijo sí

El problema no era el "Mocho", sino la "Gringa". A ella había que convencerla. Por eso, cuando los directivos del club lo lograron, La Gaceta, decano de la prensa tucumana, no dudó en titular: "La Gringa dijo sí". El tema era que "Mocho" ya hacía tres años que había dejado el fútbol. Conminado a sentar cabeza de una buena vez, en parte por Doña Celedonia, su suegra, y en parte por su esposa, la "Gringa", ahora "Mocho" sólo se ocupaba de pasiones más formales: la farmacia. Y la familia, por supuesto.

Pero la "Gringa" (Rosa Perichik, una joven pampeana de origen austríaco) entendió que se trataba de un hecho especial; San Martín estaba a punto de irse al descenso y debía afrontar un examen clave: medirse con Atlético, el tradicional rival, que para colmo iba primero. Necesitaban a "Mocho" como refuerzo. La insistencia tuvo sus frutos: la "Gringa" finalmente aceptó y "Mocho" Cárdenas no sólo jugó el partido sino que también hizo el gol que salvó a suequipo del descenso.

Es fácil imaginar el entusiasmo con el que los hinchas de San Martín habrán recibido a Manuel "Mocho" Cárdenas, el boticario de Simoca, de regreso al pueblo. La farmacia habrá estado abarrotada de vecinos y él habrá contado, una y otra vez, cómo le pegó a la pelota para que hiciera esa endiablada parábola y terminara, mansa, en el fondo del arco.

No hacía mucho que Cárdenas estaba en Simoca. Hijo de españoles, había nacido en la capital provincial, en 1886. A los 14 años se había empleado como cadete en la Botica del Indio, donde trabajaría durante 31 años. Primero como cadete y luego como idóneo, "Mocho" dedicó su vida a la actividad farmacéutica y en 1919, cuando decidió casarse con la "Gringa", una chica a la que venía cortejando desde hacía unos años, se convirtió en uno de los pioneros de la farmacia moderna en Simoca, un pueblo ubicado a 50 kilómetros de la capital. El destino había jugado las cartas en favor de Cárdenas. Su empleador en la Botica del Inca, satisfecho y agradecido por su dedicación, había decidido darle como regalo de bodas una farmacia, totalmente instalada, en aquel pueblito, donde la familia se

Edificio de la ex-farmacia de Manuel Cárdenas, instalada inicialmente en 25 de Mayo y San Martín

(cont. de la pág. 8)

inofensivo y cuyos resultados son sorprendentes. Para más informaciones pedir la noticia explicativa en casa de los depositarios del producto, señores Moine y Soulignac".

Cuatro años más tarde (agosto de 1910), en otra publicidad, esta vez publicada en La Prensa, un aviso dedicado al mismo tema roza cierto atrevimiento, al mostrar el dibujo de una mujer, con ropa ceñida al cuerpo y un llamativo título que sólo dice "Senos" y en el que promete que para que estos sean "desarrollados, reconstituidos, hermoseados y fortificados" sólo hay que emplear las Pilules Orientales, "el único producto que en dos meses asegura el desarrollo y la firmeza del pecho sin causar daño alguno á la salud". Las Pilules Orientales podían adquirirse en la droguería Moine y Soulignac y la Farmacia Franco-Inglese (sic), ubicada por entonces en Cuyo (actual Sarmiento) 58.

OTRAS HISTORIAS

Un fósforo en la botica

Dicen que la suerte sólo favorece a las mentes preparadas. Pero no siempre es así: muchos avances, inventos y descubrimientos importantes de la historia de la ciencia fueron fruto del descuido, el error, el despiste, el accidente o el azar.

Y fue una casualidad la que le permitió a John Walker (1781- 1859), un farmacéutico inglés nacido en Stockton-on-Tees, inventar un producto fantástico: el fósforo de fricción.

Una tarde de 1827, Walker estaba investigando en el Laboratorio de su botica la manera de fabricar explosivos para sus pistolas. Mientras trabajaba con compuestos de azufre y potasio, ocurrió algo sorprendente. En el palo para remover había quedado

(cont. pág. 12)

convertiría en una de las más destacadas del lugar."Mocho" y la "Gringa" tuvieron cinco hijos varones: dos de ellos farmacéuticos (Manuel y René), dos ingenieros (Héctor y Julio) y uno abogado (Juan Carlos).

Según el relato de su hijo menor, René, para cuando sus padres se instalaron en Simoca ya había una botica, regenteada por Oscar Brandán, quien murió poco tiempo después, y luego Pedro Telmo Molina instalaría la Farmacia Pasteur, única de aquellos años que todavía sigue en actividad.

La farmacia de Manuel Cárdenas estuvo instalada inicialmente en 25 de Mayo y San Martín y años más tarde se trasladó a un local contiguo, sobre 25 de Mayo. Manuel la atendió hasta su fallecimiento, en 1959, y desde entonces siguió en manos del hijo mayor, Manuel Guillermo Cárdenas, a quien todos recuerdan como "el nene". Manuel Guillermo era químico farmacéutico y también mantuvo la farmacia familiar hasta su muerte, en 1988. René, quien se graduó de farmacéutico en 1957, alcanzó a trabajar dos años en la botica familiar, pero en 1961 decidió regresar a la capital de la provincia, donde desarrollaría una destacada actividad profesional y política, que le permitió desempeñarse como legislador y ministro.

"Mocho" Cárdenas fue, además, el primer propietario de un automóvil en ese pueblo de largas siestas y de tracción a sangre: un Ford del año 28.

Simoca es un pueblo pequeño, surgido como posta obligada de las carretas que hacían el recorrido de San Miguel de Tucumán a Santiago del Estero, la ciudad más antigua del país. Antes de la llegada de los españoles, la zona estaba ocupada por indios Tonocotés.

La conquista del Tucumán por parte de los españoles no obedecía a un plan de expansión preconcebido, sino que se debía al afán de hallar la mítica "Ciudad de los Césares" (también llamada Trapalanda o Linlín), lo cual los empujaba cada vez más hacia el sur del territorio de los Incas. Con la fundación de Santiago del Estero, en 1553, en el corazón del territorio Tonocoté, se definió el establecimiento de los españoles en la región.

Hasta alrededor de 1610, Simoca habría sido asiento de una tribu encabezada por el cacique Pedro Chigué o Chequé. En 1684, los frailes franciscanos se hicieron cargo de la administración del pueblo, introduciendo diversos cultivos y la práctica de reunirse para "oir misa". por parte de los lugareños. Estos encuentros eran aprovechados por los nativos para aprovisionarse e intercambiar productos, costumbre que daría lugar a la tradicional feria, que perdura hasta la actualidad.

En 1728, la zona fue cedida al capitán Diego de Molina, quien levantó la primera plaza frente al precario templo construido por los franciscanos.

En 1858, se realizó la demarcación del pueblo y el 24 de septiembre se fundó oficialmente, con el nombre de "Pueblo de Mercedes". En 1907 sería rebautizado como Comuna Rural de Simoca.

El 5 de mayo de 1956, la comuna fue elevada al rango de Municipio y su primer intendente fue don Manuel Cárdenas, el boticario de aquel gol inolvidable.

El crecimiento del pueblo estuvo sujeto al desarrollo de la industria del azúcar, por lo que la crisis de la actividad también incidió negati-

René Cárdenas, hijo de Manuel Cárdenas quien nació en la capital provincial en 1886 y dedicó su vida a la actividad farmacéutica, convirtiéndose en uno de los pioneros de la farmacia moderna de Simoca

(cont. de pág. 10)

adherido un pegote de la densa mezcla que había preparado. Walker intentó eliminarlo frotándolo contra el suelo de piedra de la botica y entonces se hizo la luz: el pegote se prendió fuego. Inicialmente no le dio demasiada importancia a su descubrimiento, que llamo "luces de fricción" y que empezó a fabricar para diversión de sus amigos. Uno de ellos lo instó a que patentara su invento, a lo que Walker se negó por no considerarse a sí mismo un auténtico inventor. Y como el mundo está plagado de oportunistas, uno de ellos, llamado Samuel Jones, registro la patente en su Lugar ese mismo año.

El invento de Walker, perfeccionado y desarrollado en los años siguientes en escala industrial, hizo ricos a unos cuantos comerciantes, pero no al boticario inglés, que murió en la pobreza.

vamente en su progreso. Hoy el pueblo, como muchos otros, sobrevive con modestia gracias al empleo público.

Actualmente, la tradicional feria de los sábados es escenario del acontecimiento más pintoresco y antiguo que se pueda visitar en la provincia. La feria convoca a miles de pequeños productores, artesanos, agricultores, cocineras, turistas y curiosos. El mercado se extiende a lo largo de seis cuadras y en el predio se erigen varias decenas de ranchos típicos, donde se venden comidas tradicionales: locro, tamales, empanadas, chorizos, lechones asados a las brasas, tabletas de miel de caña, alfeñiques, empanadillas y el clásico pastel de novia. Otras exquisiteces para disfrutar son el arrope de chañar y de tuna, el patay y los cigarros de chala aromatizados con anís y cáscara de naranja. Además, cuenta con ranchos para la comercialización de frutas y hortalizas, para las distintas artesanías y un rincón del predio destinado a la venta de animales vivos.

Otro de los atractivos de la feria es la presencia del típico transporte simoqueño: "el sulky", generalmente coloreado por verdaderos

Sector de la feria de artesanía regional

artistas populares, expertos en la técnica del fileteado.

La construcción de estos carruajes es artesanal, siendo muy utilizada la madera del "pacará", árbol que abunda en la región. Diversos talleres especializados en el armado y mantenimiento de estos peculiares sulkys abundan en Simoca. Los días de feria convocan también a muchos paisanos de los pueblos vecinos, que llegan en sulkys relucientes y con sus mejores ropas. Es un punto de encuentro en el que muchos jóvenes, ajenos a las actividades comerciales de sus padres, (durante las guitarreadas y comilonas sacan a relucir sus encantos en la conquista de alguna "china solitaria").

La feria de los sábados es un acontecimiento popular lleno de estímulos

OTRAS HISTORIAS

Un farmacéutico en la vida de Newton

Isaac Newton (1643-1727), el científico, físico, alquimista y matemático inglés que describió la ley de gravitación universal, piedra angular de ta ciencia moderna, es calificado a menudo como el científico más grande de todos los tiempos. Su obra y la célebre anécdota de la manzana que le cayó en la cabeza son ampliamente conocidos. Pero hay un aspecto de su vida no tan difundido: la influencia que ejerció en él, y por consiguiente en el mundo por venir, el farmacéutico William Clark.

Newton era hijo de un granjero de Woolsthorpe, una pequeña aldea situada a unos 150 kilómetros de Londres, que había muerto de neumonía tres meses antes de su nacimiento, y de Anna Ayscough, quien provenía de una familia relativamente acomodada. Su nacimiento fue prematuro y durante algún tiempo pareció que no sobreviviría debido a su debilidad física.

Por entonces, la situación no era nada fácil. Inglaterra se debatía

(cont. pág. 15)

La farmacia decana

Con 85 años a cuestas, la Farmacia Pasteur, ubicada en la esquina de 25 de Mayo y Mariano Moreno, es la decana de este pueblo tantas veces citado en las canciones populares.

La farmacia fue fundada por Pedro Telmo Molina, el primer simoqueño graduado de farmacéutico y uno de los primeros profesionales nacidos en el lugar. Pedro Molina nació al comenzar el siglo XX y aunque era hijo de ese pueblo en que las cosas se hacen sin urgencia, tuvo una vida muy intensa: a los 20 años ya estaba recibido e inmediatamente abría su local en Simoca, donde no sólo fue farmacéutico, sino, como solía ocurrir por entonces, "médico", consejero, fiador de cuanto vecino se encontrara en apuros, e impulsor de variadas actividades comunitarias

Tanto Molina como Cárdenas vivieron los tiempos más prósperos del pueblo, años en los que la explotación azucarera había marcado un fuerte progreso. Además de la farmacia Pasteur, Molina aprovechó aquellos tiempos dorados para incursionar en la actividad azucarera, para lo cual adquirió algunos campos de la zona. Casado con Hortensia González, criaron a los hijos entre las paredes de aquella botica, por

Pedro Telmo Molina

Farmacia Pasteur

eso no asombra que sea su hija, María Hortensia, la que hoy continúe al frente de la farmacia que fundó su padre, mientras que su hermano, que también abrazó la misma profesión, se desempeña en la capital provincial. Don Pedro murió en 1955, dejando la farmacia en manos de la familia.

La farmacia Pasteur conserva el mobiliario original y actualmente, junto con la farmacéutica Molina, la atienden cuatro empleadas.

Hace unos años, cuando la Farmacia Pasteur cumplió los 80, Hilda Molina decidió festejarlo a lo grande, con una fiesta popular. La municipalidad montó un escenario frente al local, varios cantores aportaron lo suyo y los cumpleañeros, en gratitud por tantos años de apoyo, hicieron regalos y sirvieron helado para todo el pueblo. En un artículo publicado con motivo de ese acontecimiento, la farmacéutica Molina contó que inicialmente había pensado en hacer un encuentro más chico, invitando a médicos y proveedores a su casa, pero "no me pareció justo dejar al pueblo al margen de los festejos. Al fin y al cabo, la farmacia vive gracias a la gente".

Etiquetas de la Farmacia Pasteur

(cont. de la pág. 14)

en una cruenta guerra civil y la señora Ayscough apenas podía llevar adelante la granja familiar. Cuando Newton tenía dos años, su madre se casó con un religioso adinerado –Barnaby Smith–, que se negó a hacerse cargo del pequeño. Newton fue despachado entonces a la casa de su abuela, donde creció. Era tímido y no muy buen estudiante, pero se fascinaba con los juguetes mecánicos y los libros.

A Los doce años, fue enviado a continuar sus estudios en Grantham, un poblado que entonces contaba con dos mil o tres mil habitantes, donde encontró vivienda en la casa del doctor William Clark, el farmacéutico local. Clark tenía un desván lleno de libros científicos que Newton devoraba y toda suerte de sustancias químicas para experimentar con ellas, elementos insustituibles para una mente proclive a la investigación.

Pero no sólo tuvo su primera experiencia científica en la botica de Clark, sino que allí también experimentó su primer y último sentimiento de amor con la hija del farmacéutico, a la que nunca le confesó su amor pero que siguió viendo a lo largo de toda su vida.

La farmacia Pasteur todavía conserva parte de su viejo frasquería

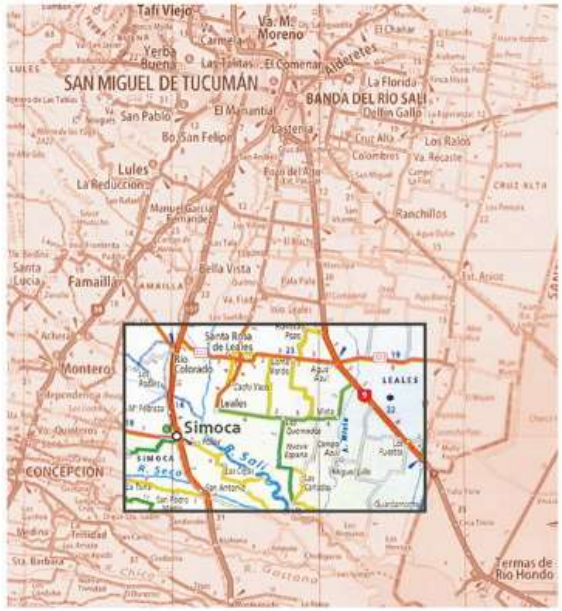
Datos históricos

Hay distintas interpretaciones sobre el origen del nombre Simoca. Una de ellas indica que deriva del quechua "shim" (soledad, silencio), "mu" (lo relacionado al asunto) y "kay" (modalidad, carácter). Otra versión establece que derivaría del vocablo quechua "shimca-shimoukay", que significa "lugar de paz y silencio, pueblo de gente tranquila y silenciosa". Y una última interpretación sostiene que viene del vocablo "simuja-simucu", nombre de una variedad de batata, oriunda de la zona.

En 1573, Gerónimo Luis de Cabrera otorgó a Nuño Rodríguez Beltrán, la encomienda de Sucuma Belicha, extensión que abarcaba ambos lados del actual río Seco.

En 1610, Nuño Rodríguez Beltrán cedió los derechos de su encomienda a su hijo de igual nombre.

En 1684, el traslado de San Miguel de Tucumán a su actual emplazamiento, implicó la reestructuración de los caminos de la región y Simoca pasó a ser una parada obligatoria para los viajeros.



• Hacia 1700 Simoca ya era una villa y en 1728 fue entregada en merced al capitán Diego de Molina, quien estableció la primera plaza.

• En 1823 se creó la primera escuela pública para varones.

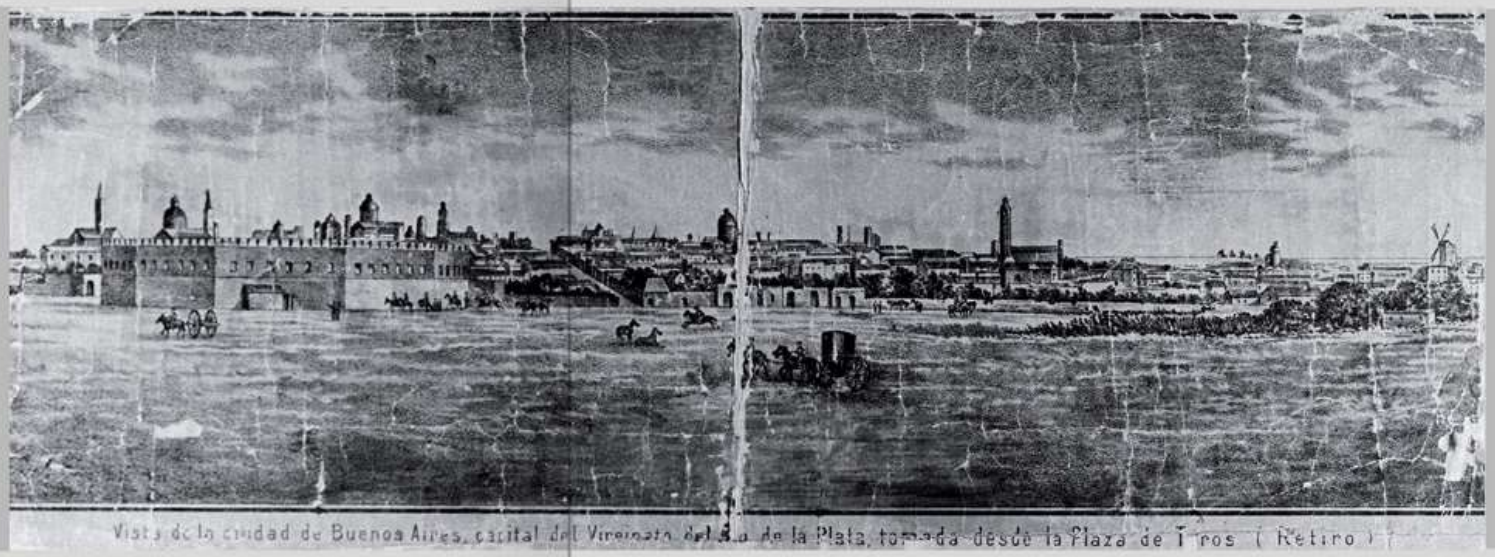
• En 1858 se realizó la demarcación del pueblo.

• En 1876 llegó el ferrocarril.

• El 10 de diciembre de 1907 se nombró oficialmente el pueblo como Comuna Rural de Simoca.

• El 5 de mayo de 1956 fue elevada al rango de municipalidad y su primer intendente fue Manuel Cárdenas.

En 1976 fue designada cabecera departamental.



BUENOS AIRES COLONIAL

BOTICAS Y BOTICARIOS DEL BUENOS AIRES COLONIAL

BOTICAS Y BOTICARIOS DEL BUENOS AIRES COLONIAL

"...Buenos Aires es una pequeña, insignificante ciudad. Consta de sólo dos calles que se cruzan en la plaza... La rige un lugarteniente español con mandato por cinco años, hasta que uno nuevo es enviado de España. No obstante, en la ciudad existen cuatro conventos: de los franciscanos, dominicos, trinitarios y jesuitas.

Todos deben vivir en extremada pobreza, pues las cosas, con excepción de los alimentos, son tremendamente caras. Hasta el presente las casas eran de adobe. Hace poco, los jesuitas comenzaron a fabricar ladrillos y tejas.

"Los maestros de obra son nuestros propios Padres; los albañiles, indios formados en nuestras Reducciones del Paraguay. La plata tiene menos valor que el hierro.

"Un cuchillo cuesta cien veces más que en Alemania. Igual ocurre con un fusil. Sólo los alimentos son baratos, casi ridículamente baratos.

"Una vaca gorda, por ejemplo, puede adquirirse por centavos. Los soldados andan descalzos y a menudo el uniforme les cuelga como trapos hechos jirones.

"Levantada por el incesante pampero, la tierra vuela por las calles, de modo que a veces ni siquiera pueden divisarse las casas de la acera de enfrente... Varias compañías de soldados de a caballo y a pie esperaban nuestro desembarco; también había indios con muchos niños, moros y moras, bautizados y paganos.

"Todos habían acudido a recibirnos (en ese mismo barco, aparte de los 40 misioneros venía el nuevo gobernador desde España)".

Aunque ya llevaba más de un siglo y medio de su primera fundación, Buenos Aires todavía estaba lejos de ser considerada la Reina del Plata, si nos atenemos a la patética descripción del inicio, hecha el 6 de abril de 1691 por Antonio Sepp, un misionero jesuita del Tirol, de paso por la ciudad. El religioso era uno de los 40 misioneros que llegaron ese día desde España, junto con el nuevo gobernador.

Por supuesto, en ese escenario de precariedades descriptas por el padre Sepp, el arte de curar, tal como lo conocemos, no podía escapar a las generales de la ley, aunque ya habían pasado casi doscientos años de la llegada de los conquistadores a América. Obviamente, los primeros médicos y boticarios blancos en el continente formaron parte del contingente colonizador.

Lavandera en el río (Archivo General de la Nación)

La aventura de la conquista estuvo signada por múltiples peligros, y el de la enfermedad era, por lejos, el principal. Pese a que las batallas para someter a los aborígenes fueron verdaderamente cruentas, los mayores estragos en la población colonizadora no los causaban los combates sino las enfermedades.

El profesor Raúl Molina señala en uno de sus trabajos que mientras la mortandad por las acciones propias de la conquista no superaba el 5 por ciento, la provocada por las enfermedades se cifraba en el 85 por ciento. Morirse prematuramente era la posibilidad más cercana que ofrecía la aventura. En el contingente que acompañó a Colón aparecen los nombres de los primeros facultativos europeos, si podía llamárselos así, que pisaron tierras americanas.

Fueron el maese Martín Alonso, el maese Juan, que oficiaba de cirujano, y el maese Diego, que probablemente fuera el droguista y boticario de la armada. También figuraba embarcado en el buque insignia de la colonización (la carabela Santa María) un joven de 18 años, llamado Gómez Zuraccos, que pretendía ser aprendiz de boticario.

En 1491, el joven había sido hallado culpable en España de la muerte de un hombre a quien le había suministrado uno de sus preparados. Condenado a "galeras" por el involuntario homicidio, fue embarcado con otros quince reos para completar la tripulación de la Santa María. Pero Gómez Zuraccos pudo revertir su mala fama cuando se ganó la confianza del almirante, a quien trató con éxito de sus frecuentes dolencias de cabeza y estómago. Aunque sus rastros se pierden en el tiempo, su nombre ha quedado en la historia como el del primer boticario en pisar el nuevo continente. No está claro si Gómez Zuraccos es el mismo maese Diego al que se sindica como boticario de la armada.

Las necesidades sanitarias de las nuevas colonias españolas hicieron que los reyes de España impusieran ciertas normas básicas que quedaron registradas en las Leyes de Indias. Según las primeras ordenanzas impuestas por Fernando e Isabel en el siglo XV, los únicos autorizados para extender títulos eran los alcaldes, quienes también podían prohibir y castigar el ejercicio ilegal de la medicina y de las otras actividades vinculadas con la salud. El problema era que los alcaldes no tenían conocimientos para determinar con algún rigor científico qué era lícito y qué no en materia médica, por lo que sus facultades eran ejercidas con discrecionalidad, basados muchas veces en sus propias creencias.

En 1535, el emperador Carlos I de España, aprobó una ley que empezó a poner un poco de orden en el nuevo territorio, ya que dispuso que "los prohibidos de ser médicos, cirujanos y boticarios por las leyes pragmáticas de los reinos de Castilla, tengan la misma prohibición en las Indias" y, en 1538, otra ley dispuso que los virreyes, presidentes y gobernadores debían visitar las boticas de sus distritos, haciendo derramar y arrojar las medicinas corrompidas "de forma que no se pueda usar de ellas, por el daño que pueden causar".

Pero antes de la llegada de los españoles, América ya tenía sus propias medicinas, que no fueron ajenas al interés de los recién llegados. Felipe II pidió que se enviase a España información relativa al uso de plantas, hierbas y semillas que allá no eran conocidas, de sus propiedades terapéuticas, la forma de prepararlas para ser ingeridas o aplicadas, y la manera de cultivarlas. Por más de dos siglos desde la llegada de los conquistadores la medicina originaria dominó la terapéutica de las colonias españolas de América. Aun después de que llegaron los productos farmacéuticos, las medicinas tradicionales eran preferidas no sólo por los indios sino también por los nativos hijos de españoles o mestizos. Y los médicos, especialmente los jesuitas, se preocuparon por adquirir conocimientos y experiencia de la flora regional, para incrementar la materia médica europea y, al mismo tiempo, poder desempeñar su profesión con los nativos.

Debieron pasar casi 70 años desde la primera fundación de Buenos Aires y 25 desde la segunda para que se tuviera constancia legal de la existencia de un facultativo diplomado en el virreinato.

◀ Grabado "La Ranchería", mercado sito en la Recova y el Fuerte (Archivo General de la Nación)

La Casa de ejercicios Espirituales, ubicada en Salta e Independencia, comenzó a construirse en 1795 ▶

En efecto, el 24 de enero de 1605, el Cabildo de Buenos Aires establece que el vecindario debía pagar a don Manuel Álvarez (primer cirujano que solicitó a las autoridades que se lo recibiese como tal) la suma de 400 pesos por año, más el importe de las medicinas y ungüentos que suministrara a los enfermos.

La más antigua referencia a una botica en lo que luego sería la Argentina es un recibo de tres pesos por el suministro de una purga dada a Antonio Varreta y que firma Blas Gutiérrez, integrante de la botica jesuítica del Colegio Máximo de Córdoba, en 1638.

Los jesuitas han dejado huellas profundas de su paso por más de un siglo y medio por estas tierras. Cultores de la filantropía, fueron, a la par de excelentes colonizadores, buenos naturalistas, botánicos, herbolarios, enfermeros, médicos y boticarios. Solían suministrar tratamiento y medicinas de manera gratuita a los pobres y aplicar tarifas arbitrarias a la gente de recursos.

No abundan las noticias sobre la primera botica de los jesuitas en Buenos Aires, pero se sabe con certeza que existía en 1680. El 7 de diciembre de 1740 marcaría el comienzo de un desarrollo importante del establecimiento, ya que se dispuso que el hermano boticario de Córdoba (el padre Tomás Falkner), cuyas habilidades habían sido objetadas en Córdoba, fuera trasladado a la botica del Colegio de Buenos Aires para organizarla. Falkner desarrollaría una labor importantísima en la modernización de la botica porteña, que había estado, desde 1730, a cargo de los hermanos Juan Francisco Dávila, Agustín Almedina (más tarde enfermero y boticario en Santa Fe), Francisco Terán, Ángel Amilaga y Jaime Ycart, otro de los grandes enfermeros y boticarios de la Compañía de Jesús en el Río de la Plata. En 1750 aparece ejerciendo como "farmacópola" de la botica pública del Colegio de San Ignacio el hermano Norberto Zuilak, quien logra una administración eficaz del establecimiento, al punto que, en 1763, el colegio había saneado sus deudas gracias al producido de la botica. Ese año reaparece Ycart como responsable de la botica jesuítica y cuatro años más tarde es reemplazado por Esteban Font.

Aduana nueva y el muelle - Grabado (Archivo General de la Nación)

La botica estaba ubicada en la calle San José (actual Perú), casi esquina San Juan Bautista (actual Alsina), disponía de tres salas y además cultivaba su propio jardín de plantas medicinales.

Aunque la botica jesuítica cumplía una labor social vital, las necesidades de medicamentos también daban lugar a la aparición de otros personajes oscuros de aquellos tiempos coloniales, como lo fueron "los tres Roberto" (Robert Young, Robert de la Fontaine y Robert Barley), unos cirujanos ingleses de la Compañía de Asiento de Negros que, en 1734, fueron denunciados al Cabildo por "tiranizar al pueblo" con precios excesivos de la botica que regenteaban.

La expulsión de los jesuitas

En junio de 1767, el gobernador Francisco Bucarelli recibió la orden de la corona española de expulsar a los jesuitas del virreinato. Como consecuencia de la drástica decisión, todos sus bienes fueron transferidos al rey y administrados en el lugar por una Junta de Temporalidades. Los jesuitas fueron apresados y confinados en una casa de Buenos Aires el 3 de julio de ese año y en los primeros días de septiembre fueron expulsados hacia España. En esos dos meses de reclusión, la botica del colegio permaneció cerrada, pero consta en documentación que el boticario

Manuel Donado siguió proveyendo medicamentos a los jesuitas y sus esclavos. En el Archivo General de la Nación figura un recibo por 200 pesos firmado por Donado a cuenta de las medicinas recetadas *"por el zirujano mayor de este Presidio, Dn Mathias Grimau"*.

Bucarelli pretendía que la botica siguiera funcionando y para ello designó transitoriamente a cargo del establecimiento y del jardín de hierbas medicinales al cirujano de la armada Joseph Entrena. Es que la botica, además de atender las necesidades de los pocos pobladores de Buenos Aires, era muy ventajosa para las arcas reales, como lo demuestra la tasación realizada en 1771 por orden de Vértiz, en la que se estimaba su renta anual en 1.900 pesos.

Aprovechando la crisis suscitada en la botica jesuítica por la expulsión de los miembros de la orden, aparecieron otras boticas particulares. El italiano Agustín Pica y Milans fue el primero que logró, en 1770, autorización del Cabildo para hacerlo, por lo que se convirtió en el primer boticario laico con título habilitante al que se le permitía ejercer en la futura capital argentina.

Pero antes de la aparición de Pica ya existían boticas privadas funcionando en Buenos Aires, si nos atenemos a que en 1763 se ordenó la primera inspección de estos establecimientos, operación que dirigió don Francisco Argerich. Posiblemente por esa época estarían instalados también Ángel Castelli, Gabriel Piedracueva y Manuel Antonio Giménez.

Cuando la Junta de Temporalidades decidió subastar la botica del Colegio, compitieron por ella Pica y Piedracueva, pero para la sorpresa de ambos apareció un tercer oferente, el ya citado Joseph Entrena (en algunos documentos figura como José Entena), y más tarde un cuarto: Manuel Antonio Giménez, quien gana la compulsa. La subasta estuvo cargada de situaciones inesperadas y ácidas disputas, y cuando la Junta estaba por adjudicarle la botica a Giménez, se vio obligada a retractarse al comprobarse que el título que éste había presentado era falso. Allí apareció terciando Castelli, que superó las ofertas de Pica y de Piedracueva y se quedó con el local de la Botica de las Temporalidades, todos los instrumentos y drogas, instalaciones y el jardín con sus plantas medicinales, además de dos esclavos para realizar las tareas menores.

Castelli era un médico y boticario que había nacido en 1718 en Grecia, durante la dominación veneciana. Huérfano a los pocos años, se estableció en Venecia, donde obtuvo la licenciatura en medicina. Primeramente practicó su profesión en la marina y luego se radicó en Cádiz (España), desde donde decidió embarcarse hacia América en 1752, aventura que le depararía varios sobresaltos: al llegar frente a la isla Maldonado, en las costas del Uruguay, la nave naufragó, pero Castelli pudo salvar su vida.

Establecido en Buenos Aires, ejerció como médico y abrió su botica, en una fecha no determinada. Algunas referencias documentales indican que el interés de Castelli por hacerse cargo de la Botica de las Temporalidades era evitar que en otras manos se convirtiera en una competencia imposible de afrontar. Al lograr su cometido, Castelli llegó a amasar una sólida fortuna y en 1777 era propietario, además de la Botica de las Temporalidades, de un almacén de drogas y de dos farmacias más, aunque sin ningún profesional al frente. Casado con María Josefa Villarino y González de Islas, tuvo varios hijos, entre ellos uno notable para la historia argentina: el abogado Juan José

Casa de Rivadavia

Castelli, prócer de la Revolución de Mayo, quien había nacido en 1764, por lo que su infancia seguramente estuvo impregnada de muchos momentos de esparcimiento y aventura en la botica paterna.

Da idea de la riqueza de la Botica de las Temporalidades el hecho de que el inventario de sus existencias demandó 22 folios manuscritos de ambos lados.

El recuento había sido encargado a Entena y contó con la colaboración de los boticarios Pica y Piedracueva y de otros 4 trabajadores: Isidro Lorca para el armado de cajones; Lázaro Quiñónez para evaluar las obras de hierro; Joseph Silva Aguiar para el ordenamiento de los libros, y Jaime Chepelli para los utensilios de cobre. En el acta de toma de posesión de la botica por parte de Castelli figuran como testigos otros tres boticarios de la ciudad: Domingo García, Manuel Palacios y Antonio Ximenes, tal vez el mismo Manuel Antonio Giménez citado anteriormente.

Otra botica a cargo de religiosos había sido la de los betlehemitas, orden que en diciembre de 1747 se hizo cargo del Hospital de San Martín y de Nuestra Señora de Copacabana. Los religiosos tuvieron bajo su administración la botica hospitalaria al menos hasta 1777, por entonces a cargo de Diego Jaque Ruiz. Los boticarios de entonces, como los médicos, eran personajes singulares y de gran reconocimiento. Solían vestir con pompa y artificio, lo mismo que los regidores o cabildantes. La indumentaria y la hidalguía de su comportamiento los distinguía de la plebe. Era norma que utilizaran capa, monóculo de armazón de oro y bastón con incrustaciones de metales preciosos, a menudo adornado con borlas.

Pero la aldea era pobre y esta costumbre acarreaba gastos superfluos. Un interesante intercambio de correspondencia y decisiones administrativas de aquellos años revela los aprietos en los que se encontraban las autoridades, obligadas como estaban a destinar gran parte de sus ahorros en la indumentaria que establecían "las buenas costumbres".

Finalmente, hacia 1764, y por iniciativa del alcalde, se aprueba el abandono de refinamientos tan gravosos y comienza a aceptarse el uso de trajes "homogéneos, como los de los militares", de manera que los regidores abandonaron el artificioso ornato y comenzaron a emplear *"un traje honesto como lo es la ropa negra"*, aunque a menudo acompañado con capirote, una capa pequeña que cubría la mitad

Rivadavia esquina San Martín. Óleo de Carlos Enrique Pellegrini (Archivo General de la Nación)

de la espalda. Los cirujanos, que en la escala social tenían menor consideración inclusive que los barberos, vestían modestamente. En cuanto a los entretenimientos, el que congregaba a mayor cantidad de adeptos era el de las corridas de toros, cuya primera plaza fue inaugurada en 1791 por el virrey Arredondo en Monserrat, que tenía capacidad para dos mil personas.

Pero fue quedando chica, así que fue demolida y se construyó una nueva para 10.000 personas en el Retiro en la que alguna vez supo torear don Juan Lavalle. Además de las corridas, la siesta era una verdadera institución, al punto que un viajero francés afirmaría en sus memorias que a esa hora, en la aldea, *"sólo pueden encontrarse médicos y perros"*.

También se jugaba a los naipes (el tan popular truco ya existía), la taba y otros entretenimientos de destreza con el caballo, como el pato y la cinchada, así como las riñas de gallos.

Las plazas no eran espacios de entretenimiento, sino de comercio: allí se concentraban las carretas que transportaban frutos del país de las áreas rurales aledañas a la aldea. La referencia a "precios corrientes en plaza", que aún sigue

El Cabildo. Detalles de galería y ventana

utilizándose, remite a aquella lejana época colonial en la que los mercaderes de la plaza establecían los valores de referencia de los productos.

En la primera de la ciudad, la actual Plaza de Mayo, además de mercado, se efectuaban ceremonias religiosas y oficiales, era estacionamiento de carretas y escenario de ejecuciones públicas o cepos de castigo, tormentos que lograban reunir a gran parte de los pobladores.

En materia de higiene, la aldea era una verdadera calamidad. Los desperdicios se arrojaban sin miramientos adonde a cada cual le resultara cómodo, y en los espacios baldíos solían arrojarse, sin más, restos de animales o de alimentos, y hasta el cuerpo de algún cristiano sin familia. Ante el hallazgo de algún cuerpo humano, primeramente se lo exhibía bajo la recova del Cabildo y si nadie acudía por él para darle sepultura, sencillamente iba a parar a alguno de esos baldíos.

Cuando el viento soplaba, el aire se hacía irrespirable y el calor se mitigaba con chapuzones en el Río de la Plata, donde las esclavas pasaban horas lavando la ropa de sus amos. Y si llovía, el lodazal era tal que a veces no sólo impedía el paso de carretas sino también el cruce peatonal de una casa a la de enfrente.

Por esos años Buenos Aires, que estaba dividido en cinco parroquias (Catedral, San Nicolás, Monserrat, Concepción y Piedad), contaba con unos 20.000 habitantes, incluido un altísimo porcentaje de esclavos oriundos de África. La ciudadela no tenía puerto ni siquiera un muelle que facilitara el abordaje de los barcos, y la escasa profundidad del Río de la Plata impedía que las naves de gran calado pudieran aproximarse a la ciudad más de 15 kilómetros, donde pasaban sus cargamentos a goletas. Luego –según relata el capitán francés L. A. de Bougainville en "Viaje alrededor del mundo"- las goletas *"entran en un pequeño río llamado río Chuelo, de donde las mercancías son llevadas en carros a la ciudad, que está a un cuarto de legua (1.300 metros, aproximadamente). Los barcos que han de carenar o tomar un cargamento de Buenos Aires, se van a la ensenada de Barragán, especie de puerto situado a nueve o diez leguas* (50 km aprox.) *al Este-Sureste de esta ciudad"*.

Pero volvamos a nuestros viejos boticarios de la colonia. Sobre Domingo García, que ofició de testigo del acta de traspaso de la Botica de las Temporalidades a

El Cabildo

Bolivar y Plaza Victoria

Castelli, se sabe que en noviembre de 1773 el Cabildo lo autorizó a abrir "tienda de botica en la calle, barrio o lugar que le pareciese", aunque para entonces, este hombre "oriundo de los Reynos de Galicia", ya venía ejerciendo la actividad al menos desde 2 años antes en un local de la calle de la Compañía o de la Catedral (actual San Martín).

La botica del Colegio

En 1777 arriba a Buenos Aires un boticario que se convertiría en uno de los más acreditados de la ciudad: el catalán Francisco Salvio Marull, a quien la profesión farmacéutica argentina debe reconocerle un papel preponderante en la lucha por la profesionalización de la actividad. Marull había heredado la profesión de su padre, en cuya botica hizo sus primeras prácticas.

En 1768 rindió examen ante el Protomedicato de Madrid, que le expidió el título, tras lo cual instaló su oficina en la ciudad de Cádiz.

Alentado por las noticias que llegaban acerca de la prosperidad de América, decidió buscar nuevos horizontes y se embarcó hacia las costas del Plata. A diferencia de muchos otros colegas, que llegaban poco menos que con lo puesto, Marull había recalado en Buenos Aires con un importante capital, dispuesto a ejercer su profesión y al mismo tiempo hacer nuevos negocios, para los que revelaría una gran aptitud.

La época era propicia. La expedición que al mando de Cevallos intentara poner freno a los avances de portugueses en estas costas había reactivado el comercio, y atraídos por la floreciente economía llegaban también numerosos profesionales.

No se sabe con certeza dónde se instaló Marull inicialmente, pero en 1783 compró a Francisco de Ugarte una casa ubicada en un lugar privilegiado: en la esquina frente a la parroquia de San Ignacio, en las actuales Bolívar y Alsina (por entonces de la Santísima Trinidad y San Carlos), a una cuadra de la Plaza Mayor (actual Plaza de Mayo), centro de la actividad comercial de entonces, donde instaló la botica y su residencia.

Posteriormente, para darle más comodidad, construyó varias habitaciones "en los altos". De esas obras existen constancias gracias a una disposición de las autoridades que establecieron por entonces que todas las nuevas edificaciones debían ser aprobadas por el ingeniero director de obras. Hasta entonces, las viviendas de la aldea se habían construido con total anarquía, sin una línea de edificación uniforme, lo que generaba que las calles se ensancharan o angostaran arbitrariamente, dejando huecos que terminaban

Iglesia de San Pedro Telmo

convirtiéndose en basureros o puntos de reunión de gente de mal vivir.

Pero no fue solamente la Botica del Colegio la que le dio prosperidad económica a Marull, quien abordó otros múltiples negocios. Hacia 1787 tenía una sucursal de su botica en Montevideo, a cargo de Francisco Estrada y de su sobrino Narciso Marull.

Hacia 1798 el estado de guerra en el que se encontraba España con Inglaterra le ocasionan dificultades para proveerse de medicamentos, por lo que solicita permiso para importarlos de Brasil y de otras colonias españolas. Al obtener autorización, fleta a Río de Janeiro la zumaca de su propiedad "Nuestra Señora de la Concepción" en busca de medicamentos, previa carga de cueros para ser vendidos en aquel puerto lusitano, y adquiere la zumaca "El señor del buen fin". En sus embarcaciones también transportaría cueros crudos y curtidos y cacao a España y las islas Canarias.

Así como Castelli intentó formar una red de boticas en la ciudad, el boticario catalán también buscó lo mismo y aprovechó para ampliar la actividad con la compra de una que estaba instalada en su misma calle. El establecimiento en cuestión había pertenecido a Domingo García, pero Castelli lo había adquirido y puesto bajo la administración de Manuel García, con propiedad simulada.

El arreglo le trajo varios problemas a la sociedad. Marull, a quien le preocupaba la competencia de la botica vecina, terció en el litigio y se hizo cargo del establecimiento, dejando a García como encargado. Más tarde, cuando la botica

que regenteaba García fue inspeccionada, las autoridades no reconocieron la validez de su título, lo que provocó su cierre. García, fuertemente endeudado, cortó por lo sano y huyó de la ciudad, por lo que las autoridades decidieron rematar su negocio para saldar las cuentas que había acumulado. Esta tentativa fracasaría, dado que no aparece ningún interesado, tal vez porque no estaban demasiados claros los derechos que alegaban Castelli, Marull y García en el asunto.

Las relaciones comerciales, como se ve, también por entonces eran despiadadas. Finalmente, Marull actuó por medio de un testaferro, el boticario Diego Muñoz, que ofreció hacerse cargo de la farmacia y reabrirla, para lo cual se comprometía a abonar el monto estipulado en un plazo de dos años y presentó como fiador al propio Marull. Como en 1780 Muñoz no había abonado la hipoteca, Marull recurrió a la justicia y, después de prolongadas gestiones, terminó haciéndose cargo de las deudas existentes y cerró definitivamente el local.

En algún momento de su historia, ya sea por obra de Marull o de sus sucesores, la Botica del Colegio incorporó libros a la venta de productos medicinales, aprovechando la circunstancia de estar frente al Real Colegio de San Carlos, hoy Colegio Nacional de Buenos Aires. Sus clientes eran los alumnos y profesores del colegio, que solían pasar muchas de sus horas en animadas tertulias. Esos salones fueron testigo de discusiones históricas de nuestra vida institucional, como las que suscitaron las invasiones inglesas y la efervescencia patriótica que pocos años después pondría fin al dominio español. Ganada la independencia, en 1830 la botica dejó paso definitivo a la nueva actividad, que se mantiene hasta nuestros días, ahora con el nombre de Librería de Ávila. Es el único comercio de Buenos Aires que conserva la misma ubicación y el mismo rubro desde los tiempos coloniales.

La primera inspección de farmacias

Con la llegada de Pedro de Cevallos a nuestras tierras, en 1777, habrían de arribar como miembros del cuerpo sanitario el boticario mayor, Luis Blet; el segundo boticario, Francisco Xavier de la Pena, quien más tarde, de regreso a su patria, sería boticario del rey Carlos IV, y el mancebo Diego Muñoz, el mismo que luego oficiaría de testaferro de Marull.

A Cevallos le correspondió un extraordinario mérito en la regulación de la actividad médica y farmacéutica, dado que fue el primero en ordenar una inspección general de todas las boticas y de los títulos de médicos, cirujanos y boticarios.

Así, el 14 de noviembre de 1777, el cirujano mayor del ejército real, Francisco Puig, y el boticario Blet iniciaron la minuciosa inspección, cuyos resultados se hicieron públicos a través de bandos y cuya lectura ha provisto a los historiadores de valiosos informes sobre la farmacia en esos años.

En la Botica de las Temporalidades, heredera de la botica de los jesuitas y por entonces propiedad de Ángel Castelli, aunque atendida por el boticario Manuel Antonio Ximenes, se cuestionó la legitimidad del título de este último y también el estado de algunas drogas, que fueron decomisadas. Ximenes exhibía un título otorgado por el Protomedicato de Madrid el 2 de septiembre de 1765, pero sus firmas no concordaban con las de otros títulos considerados legítimos. Además, se calculaba que para entonces los examinadores españoles firmantes del documento difícilmente pudieran haber estado vivos. Ante la situación, el virrey resolvió su cierre provisorio.

Librería del Colegio
hoy Librería de Ávila,
originalmente
Botica del Colegio

Temeroso de nuevas clausuras, Castelli decidió cerrar por su cuenta las otras dos boticas de su propiedad (una contigua a su droguería, en la calle de las Torres –actual Rivadavia- y la otra frente a la imprenta de los Niños Expósitos), evitando así la inspección. En cuanto a su droguería, no recibió objeciones.

Pocos días después los inspectores cerraron la botica de Pedro Ochoa de Amarita, dado que ni él ni su mancebo poseían título habilitante. Ochoa se había instalado varios años antes en el actual pasaje Carabelas y Perón, y era propietario de toda la manzana.

Aprovechando la necesidad que tenía la ciudad de descentralizar las actividades comerciales, Ochoa de Amarita había donado la mitad de su terreno para ser destinado a concentrar el tráfico de carretas de la zona costera norte (San Fernando y San Isidro), de donde los pobladores se abastecían de maderas y cañas, leña y diversos "productos de la tierra" y "de pan llevar". Ese solar dio lugar a la llamada Plaza Nueva (que anteriormente se conocía como hueco del curro y que hoy ocupa el ex Mercado del Plata) y tuvo un uso intensivo, lo que facilitó el progreso de su botica, hasta el fatídico día de la clausura.

Casa del Virrey Liniers

También merecieron idéntica suerte la botica de Manuel García (el ex socio de Castelli que huiría de la ciudad agobiado por las deudas), que funcionaba en la calle de la Compañía (actual San Martín), en un cuarto rentado al vecino Joseph Posadas; la de Benito Martínez Ferreira, aledaña al hospital, y la de Manuel Palacios, ubicada en los altos de San Pedro (actual esquina de Defensa y Humberto I), pero que pudo reabrir la oficina con la promesa de obtener el título.

La botica de Gabriel Piedracueva (o Piedra Cueva, según los diversos documentos), instalada en la actual calle San Martín, no mereció objeciones, así como tampoco la del Hospital General, situado en el Convento de Santa Catalina y administrada por los betlehemitas.

Además de los citados, otros boticarios con actuación anterior a la Revolución de Mayo fueron Juan Cerano o Cesano, instalado en la calle de la Santísima Trinidad; Esteban Gutiérrez, Diego Marenco (con botica en la calle del Rosario, actual Venezuela) y sus sobrinos Carlos y Julio Marenco (propietarios de una farmacia en Florida 40); Diego Gallardo; José María Cantilo; los hermanos Diego y Martín Muñoz; José Moreno, quien en 1795 había arrendado por 7 años la botica del Hospital de Mujeres, hasta entonces administrada por el inefable Francisco Salvio Marull; Pedro Moreno; Manuel Hermenegildo Rodríguez; Nicolás Rodríguez, establecido en *"la esquina de Melgarejo, inmediata a la Iglesia Catedral"*; Antonio Ortiz Alcalde, quien habría sucedido a José Moreno en la atención de la botica del Hospital Mujeres al fin de su contrato; Antonio Miró; Antonio García y Posse, y Juan Crisóstomo Bravo, entre otros. De varios de ellos, que continuaron la actividad más allá del período colonial, volveremos a referirnos en otro trabajo.

El Protomedicato

Cuando se crea el virreinato del Río de la Plata, en 1776, Buenos Aires, tenía un grave déficit en cuanto a instituciones médico-sanitarias, que el virrey Cevallos pretendió regular, dado que para entonces la actividad sólo estaba sujeta a las directivas del Protomedicato de Lima, que por razones de distancia se mostraba incompetente para ejercer algún tipo de control eficaz. Pero Cevallos moriría muy pronto, en 1778, dejando inconclusa la tarea.

Lo sucedió Juan José de Vértiz, el "virrey de las luces", que tuvo una actuación notable: fundó la casa de los Niños Expósitos, un hospicio para mendigos, un hospital para mujeres, creó el Teatro de Comedias, fundó el Colegio San Carlos; trajo la primera imprenta; fundó el servicio de correos, empedró la calle Florida, instaló faroles de aceite en la ciudad y creó, en 1779, el Protomedicato de Buenos Aires, cuerpo colegiado al que le había dado facultades muy amplias: no sólo revalidaba títulos y tomaba exámenes de competencia, sino que fijaba las políticas sanitarias, controlaba el ejercicio de médicos, cirujanos, boticarios, barberos, sangradores, flebólogos y albéitares (veterinarios) y debía elaborar e impartir cursos en esas disciplinas, así como estipular los gravámenes que regirían estas actividades.

Para entonces, Buenos Aires era habitada por unas 30.000 personas.

La constitución del Protomedicato de Buenos fue una audaz jugada del virrey, quien no aguardó la autorización de la corona para darlo por instituido. El tribunal se instaló en dos piezas bajas en el colegio de los ex jesuitas, que fueron reparadas y en las que se hicieron dos divisiones. Reacondicionado el local, el virrey lo inauguró el 17 de agosto de 1780. En su organización inicial, el tribunal estuvo constituido por nueve médicos y dos cirujanos militares ilustres, entre ellos Miguel O'Gorman, Francisco Argerich, Juan Dupont, Ángel Castelli, Juan Torreros, Pedro Cristóbal de Amarita, José Antonio Lámota Lagosta, Matías Grimau y Juan de Dios Madera. Además, integraban el tribunal Antonio Herrera como escribano y secretario y Miguel Mancilla, en funciones de alguacil.

Pasaron 19 años antes de que la Corona española diera la aprobación respectiva. La demora obedeció a que el Protomedicato de Buenos Aires, en cuanto a su organización, debía estar en un todo de acuerdo con la legislación de Indias vigente, y en segundo término -probablemente el más importante- porque pesaba sobre O'Gorman cierta desconfianza por su nacionalidad y el hecho de que era un católico escasamente devoto. Finalmente, el 1° de julio de 1798, el rey Carlos IV dispuso la creación definitiva del tribunal.

Desde un principio, el Protomedicato cumplió en forma eficaz con sus múltiples funciones y el 21 de enero de 1799, ya con Olaguer y Feliú en el cargo de virrey, inauguró

la Escuela de Medicina y nombró catedrático de la última asignatura al doctor O'Gorman y de cirugía, al doctor José Capdevila, un hombre anciano que declinó de inmediato, por lo que fue reemplazado por el doctor Agustín Eusebio Fabre, primer obstetra de la ciudad. En julio de 1800, ambos facultativos elevaron al nuevo virrey, Marqués de Avilés, el proyecto del plan de estudios de la escuela, que duraría seis años.

La escuela inició su primer curso en mayo de 1802 -se discute la fecha exacta- con una inscripción de quince alumnos. Al año siguiente y por motivos de salud, O'Gorman renunció a sus cátedras y fue remplazado por el médico argentino Cosme Mariano Argerich, nacido en Buenos Aires, pero graduado en España.

Otra labor del Protomedicato fue la de proveer de artículos farmacéuticos a todas las boticas del país. Las drogas eran encargadas a las casas de Diego Thomas Fanning, de S. Lúcar; y José de Llano y Sanginés, de Cádiz, a cambio de cueros y lanas de vicuña, así como árboles y plantas destinadas a la Real Botica española.

En 1782, fue nombrado "asentista boticario" el ya citado Francisco Marull y posteriormente su sobrino, Narciso Marull, quien figura ocupando dicho cargo hasta 1809.

Cuando se produjo la primera invasión inglesa, los alumnos de la Escuela de Medicina prestaron su valioso aporte a los hospitales de sangre. Después del primer ataque extranjero y a pesar de la rendición de Beresford, se reorganizaron efectivos militares en Buenos Aires, pues todo hacía suponer, con fundamento, una próxima invasión. En octubre de 1806 con anuencia del comandante Santiago de Liniers, algunos médicos y boticarios integraron la plana mayor de facultativos para la mejor asistencia del ejército. Los cargos fueron llenados con los siguientes voluntarios: cirujano mayor, José Capdevila; médico primero, Justo García y Valdés; ayudantes consultores, Salvio Gaffarol y Bernardo Nogué; boticario mayor, Antonio García y Posse; primer boticario, Manuel Hermenegildo Rodríguez.

En esos trágicos momentos, el boticario Narciso Marull, quien a la muerte de su tío Francisco, en 1802, había quedado a cargo de la farmacia del Colegio, proveyó de medicamentos y asistencia a los heridos durante las invasiones. Y algo más: desde la azotea de su casa y botica, "Los altos de Marull",

El Protomedicato creado en el año 1779 por Juan José de Vértiz.

se hostigó a los ingleses con tanta entrega que obligó a la columna del regimiento N° 18 a rendirse.
Debido a las circunstancias extremas de las invasiones y las sucesivas batallas de nuestra independencia, la medicina de Buenos Aires se inclinó hacia la patología externa y la cirugía. Con la Revolución de Mayo, apremiaba la necesidad de construir el Cuerpo de Sanidad Militar para los ejércitos libertadores, de modo que los alumnos de los cursos referidos se incorporaron al ejército y la enseñanza se suspendió por decreto de la Junta del 2 de Mayo de 1812.

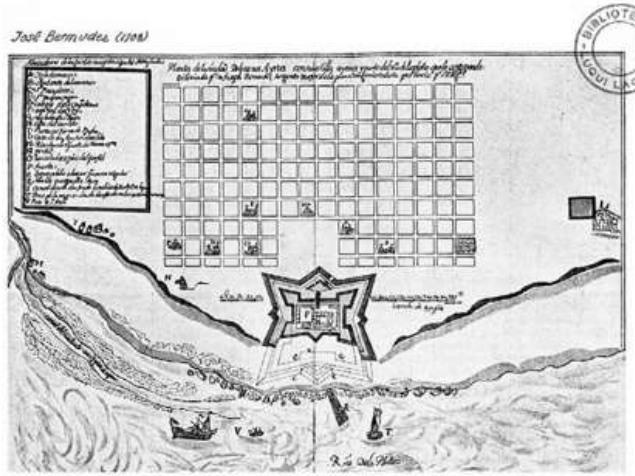
Las recetas del virrey

En el Archivo General de la Nación se conserva un recetario que data de 1762/63, firmado por el médico de cámara de don Pedro de Cevallos (primer gobernador y primer virrey del Río de la Plata), cirujano Juan Du Pont.

Entre las recetas, hay una del 1° de enero de 1763 para Su Excelencia que tiene Jarabe de papaver album, 2 onzas (equivalentes a 60 gramos); aceite de almendras dulces, ½ onza (15 gramos). Era utilizado como calmante.

También hay una receta destinada al mayordomo de Su Excelencia, que contiene: jarabe de violetas, 3 onzas (90 gramos), y ojos de cangregos, 2 dracmas (7,5 gramos); mezclar. Este jarabe es de acción laxante y los ojos de cangregos, que son las concreciones calcáreas del caparazón, tienen acción antiácida.

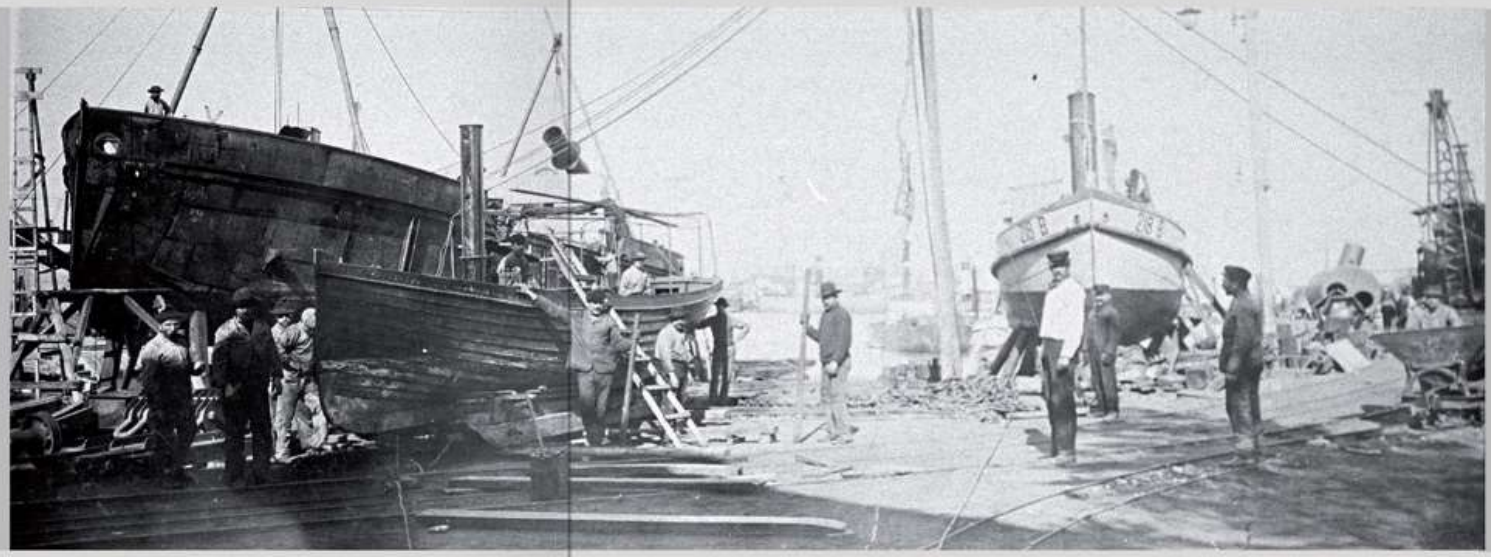
Otra receta, ésta para Don Mateo, paje de Su Excelencia, prescribe: emulsión de cuatro semillas frías (una libra y media, equivalentes a 690 gramos) y sal prunela (un dracma y medio, equivalentes a 6 gramos); mezclar. Se refiere a partes iguales de semillas de calabaza, sandía, melón y pepino y la sal prunela es nitrato de potasa fundido. Se usaba en la época como atemperante, antiescorbútico, diurético y para combatir el reumatismo.



"Planta de Buenos Aires" por José Bermúdez, de 1708. En él se señalan el riachuelo como "Canal de Riachuelo con tres pies de agua" y las características del río con las letras: R: muelle que se puede hacer; S: canal donde dan fondo los navíos distante tres leguas; T: Pozo de la Merced donde dan fondo las embarcaciones; V: Pozo de San Francisco.

Datos históricos

- En 1536, Pedro de Mendoza funda Buenos Aires.
- En 1541, se da la orden de despoblar el caserío.
- En 1580, se produce la segunda fundación por Juan de Garay, con el nombre de ciudad de la Santísima Trinidad y puerto de Santa María de los Buenos Aires. Se establecen a partir de ese momento algunos nombres de lugares de la campaña próxima.
- En 1589 se funda la primera iglesia de San Francisco.
- En 1595 se construye el fuerte.
- En 1617 se establece la gobernación de Buenos Aires, con sede en la ciudad.
- En 1658 se calcula que habitan la aldea 3.360 personas.
- En 1661 se establece la Real Audiencia de Buenos Aires.
- En 1767 los jesuitas son expulsados.
- En 1769 Buenos Aires se divide en cinco parroquias: Catedral, San Nicolás, Montserrat, Concepción y Piedad.
- En 1776 Buenos Aires es designada capital del nuevo Virreinato del Río de la Plata.
- En 1778, algo más de 26.000 personas habitan la ciudad.
- En este mismo año se reglamenta el comercio libre.
- En 1789 se estrena en el Teatro de la Ranchería, en la esquina de Perú y Alsina, la primera versión de Siripo, de Manuel José de Labardén.
- En 1801 se inaugura la plaza de toros en Retiro.
- En 1803 se inaugura la recova.
- En 1806 y 1807 se producen las invasiones inglesas.
- En1810 triunfa la Revolución de Mayo. Buenos Aires es sede de la Primera Junta de gobierno. Se calcula la población en cerca de 42.500 habitantes.



BUENOS AIRES LA BOCA

CASI UNA REPUBLICA INDEPENDIENTE

Casi una República independiente

Los cinco pesos siempre estaban bien guardados dentro de los barrotes de la cama de bronce. Eran infaltables. La reserva necesaria para pagar un médico porque justamente eso era lo que costaba una consulta a domicilio. Pero, si bien la mayoría italiana que vivía en la Boca veía en ese ahorro una forma de estar tranquila, no era muy frecuente que se llegara al extremo de llamar a un doctor. Para qué, si por la década del cuarenta, cerca de casa estaba don Ragozza o Amado Barrios o González, el de la Vuelta de Rocha, que podían recomendar lo adecuado para cualquier dolencia menor.

Sí, la gente consultaba a los boticarios del barrio, que, aunque también eran profesionales, resultaban más cercanos y estaban integrados a la vida cotidiana de los vecinos, que tanto se llegaban hasta la farmacia por un medicamento como para charlar un rato y conocer las últimas novedades de la vida social de la Boca o comentar acontecimientos de la política nacional e internacional.

Es que a pesar de estar muy cerca del centro de la ciudad, la Boca tenía y sigue teniendo, aunque en menor medida, una vida propia muy intensa, donde la tradición y los lazos comunitarios pesaban más que la tentación de la modernidad.

Calle Olavarría y Martín Rodríguez en el año 1900 (Archivo General de la Nación)

Es probable que esta identidad cultural tenga su origen en que los primeros habitantes de la zona, llegados de diferentes países en la primera mitad del siglo XIX, se vieron unidos por compartir un territorio poco comunicado con el resto de la ciudad, no por la distancia sino por los pantanos y la tupida vegetación que había que atravesar para llegar a ella. Esta situación geográfica la hacía parecer tan lejana que para algunos la Boca del Riachuelo era el destino de excursiones casi aventureras. Como para Manuelita Rosas, que en 1849 agasajó a unos diplomáticos extranjeros con un viaje en carruajes hasta la costa del Riachuelo, en donde se embarcaron en botes para navegar hasta el Río de la Plata.

A pesar del aislamiento, la Boca irá creciendo de la mano del trabajo del puerto y de los saladeros y con la llegada de los inmigrantes, en su mayoría italianos provenientes de Génova. En 1870, cuando se crea el Juzgado de Paz, más de 6000 personas habitaban en el barrio. Según el historiador Antonio Bucich, en ese año, además de las industrias vinculadas con la navegación,

◀ Riachuelo

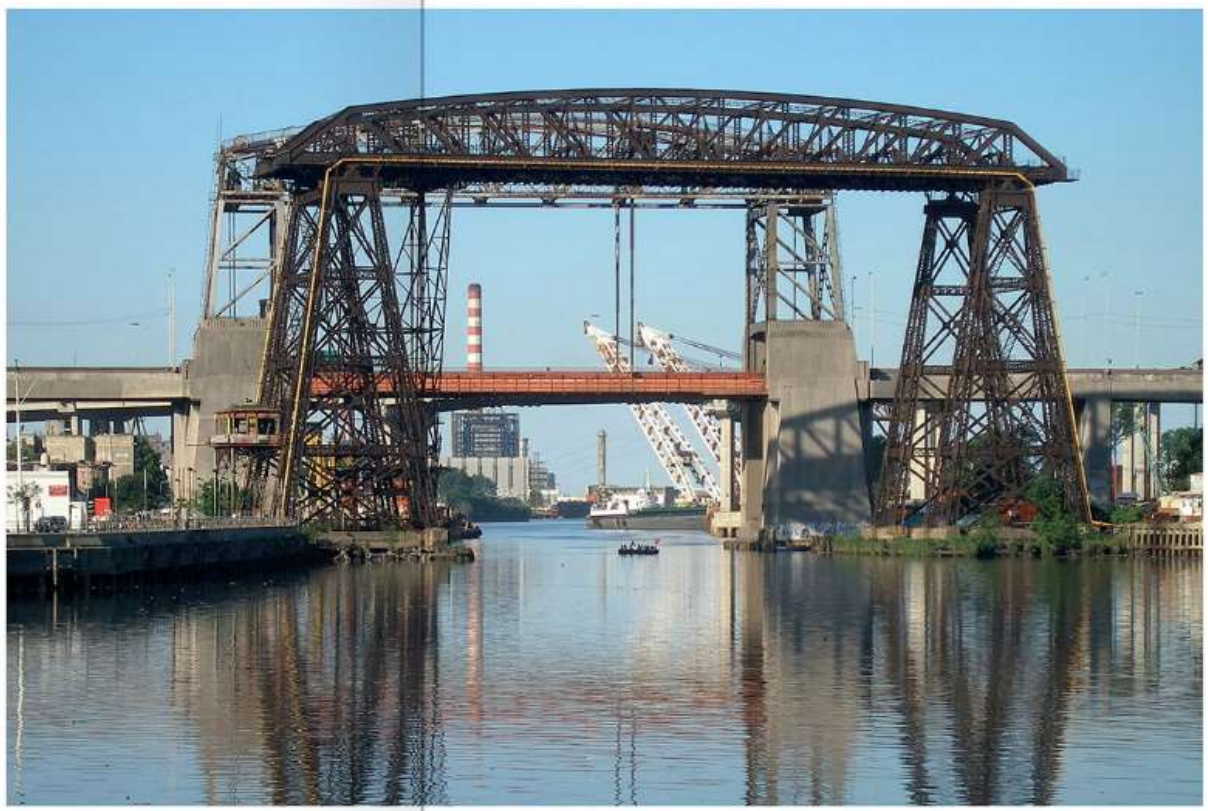
◀◀ La Boca, 1930

había "38 almacenes de comestibles, 3 boticas, 62 bodegones, 4 confiterías, 33 carnicerías, 5 corralones de madera, 10 posadas y fondas, 40 pulperías y boliches y 7 panaderías".

De las tres boticas mencionadas, sólo queda registro de una, la de Cornelio Anfosso (o Antonio, según otras documentaciones), farmacéutico que tuvo una destacada actuación, junto con el médico Nuncio Romeo, durante la epidemia de fiebre amarilla de 1871, que hizo que profesionales con menos espíritu de sacrificio que ellos emigraran al norte de la ciudad.

Anfosso había nacido en 1832 y según de que consta en el libro Exámenes de farmacéuticos (1853-1881), de la Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires, en 1859, fue reprobado por el tribunal examinador, y sólo en 1868 logró la aprobación que lo habilitó para ejercer la profesión. Su botica fue elegida, por decreto provincial del 13 de marzo de 1871, para la distribución de medicamentos gratuitos a los pobres, en la parroquia de San Juan Evangelista, tal como se designaba el barrio en ese momento.

Además, dos años después fue designado subinspector de farmacia por el Consejo de Higiene de la



El famoso puente de la Boca construido en el año 1900 para comunicar la Boca con Dock Sud

Plaza Bianchi 1905

Varadero

provincia de Buenos Aires. No se sabe con certeza hasta cuándo ejerció la profesión, pero probablemente haya sido hasta 1876, año en que renunció a la Sociedad Nacional de Farmacia, de la que había sido socio activo desde 1871.

Las tres últimas décadas del siglo XIX traerían algunos progresos al barrio. En 1870, la Boca tuvo su primer tranvía, el Lacroze, que recorría Defensa, Brasil, Brown y Mendoza. Por otra parte, la epidemia de 1871 mostró la necesidad de mejorar las condiciones de higiene e hizo que, en septiembre de ese mismo año, se promulgara una ley que prohibió la actividad de los saladeros en la zona. También se concretó, en 1878, el dragado y la rectificación del Riachuelo, lo que permitió que grandes barcos pudieran acercarse a la costa. La preocupación por eventuales incendios que destruirían rápidamente las casas de madera típicas del barrio hizo que un grupo de vecinos creara, en 1884, la Sociedad Bomberos Voluntarios de la Boca. En cuanto a la salud, en 1897 se creó, la primera Estación Sanitaria con la dirección del doctor Juan Aicardi, en Brandsen 555, que luego se convertirá en sala de primeros auxilios y más tarde, en 1906, sobre su base se erige el hospital Cosme Argerich.

También fueron los años que vieron surgir distintas asociaciones comunitarias, como varias sociedades de socorros mutuos y numerosas agrupaciones masónicas que generaron algunos conflictos con los católicos. Se cuenta que el primer párroco salesiano asignado a San Juan Evangelista sabía que su misa inaugural no sería fácil y que en ella se jugaría el respeto de los feligreses. Con la certeza de que debía imponerse a aquellos hombres rudos, algunos cercanos a la masonería; otros, liberales, y muchos, anarquistas, dicen que antes de dar el sermón dejó ver que llevaba un arma al cinto. Los más audaces coronan la historia relatando que al finalizar la ceremonia arrojó una moneda al aire, le disparó y, por supuesto, como se merece toda buena anécdota, la perforó con un balazo certero.

Por esos años, otro recordado boticario se instaló en el barrio. Rocco Marengo, que se había recibido en la Universidad de Génova, abrió una farmacia muy renombrada a fines del siglo XIX, en Olavarría 747. Y no sólo se dedicó a su profesión. También tuvo una actividad social importante, ya que integró la Comisión de Higiene y Sanidad, fue miembro de la Comisión del Censo Municipal de la Capital Federal y presidió la Sociedad de Socorros Mutuos Nuova Partenope.

Farmacia Ragozza. Diciembre de 1964

Un aviso publicado el 13 de julio de 1879 en el periódico "La Broma" de la comunidad afroargentina, da cuenta de otra farmacia del barrio, ya que promociona que el doctor en Medicina Federico de la Sema *"ofrece sus servicios profesionales en la Parroquia de San Juan Evangelista –Botica de Cristóbal Colón-. Pobres de solemnidad, gratis."*

La Boca ya había adquirido la fisonomía que la hizo característica y es interesante destacar la visión que tenían de ella los que llegaban de afuera, como el escritor Edmundo De Amicis, que la visitó en 1884. En el cuento "De los Apeninos a los Andes", en el libro "Corazón", Marco, el protagonista, recibe el siguiente consejo: *"...ve con esta carta a la Boca. Es una ciudad pequeña, medio genovesa, que está a dos horas de camino de aquí..."*

Un hito en Brown y Lamadrid

Un capítulo aparte en la historia farmacéutica de la Boca fue el que escribieron los Ragozza. José, o Giuseppe como todavía lo recuerdan algunos, había nacido en Udine, en 1852, se

Calle Almirante Brown. Abril de 1903 (Archivo General de la Nación)

recibió de químico farmacéutico en la Universidad de Papua, se vino a la Argentina donde revalidó su título y, a comienzos de la década de 1870, abrió su farmacia en Almirante Brown 1402. Y además de fundar una farmacia que atendió por un siglo a los vecinos, también fundó, junto con su mujer, Teresa Bértora, una familia que fue parte de la historia local.

Entre sus muchas actividades, formó parte, en 1876, de las comisiones parroquiales de propaganda de la Sociedad Nacional de Farmacia, con motivo de su participación en la 1ª Exposición Industrial Argentina; fue director del Banco Nación, presidente del Consejo de Instrucción de la Società Nazionale Italiana y uno de los fundadores de la Sociedad Progreso de La Boca del Riachuelo y de la Escuela Samaritana de la Sociedad Italiana Bomberos Voluntarios de la Boca, en cuya creación, en 1884, también había colaborado.

A pesar del tiempo transcurrido, Ragozza sigue siendo una figura recordada en el barrio, no por testigos directos sino por aquellos que escucharon de sus mayores los relatos que destacaban su impecable desempeño profesional, su labor social, su larga y característica barba y sus traslados en coche a caballo; también su pasión por el Club Atlético Boca Juniors, al que en un momento determinado decidió donarle la casa donde había vivido durante varios años.

Cuando don Ragozza murió, el 20 de junio de 1924, sus vecinos, como muestra de gratitud, quisieron brindarle un homenaje póstumo y compraron un solar en el cementerio de la Recoleta donde se levantó una bóveda para albergar sus restos. También, en reconocimiento una calle llevó su nombre, pero sólo por pocos años, entre 1934 y 1939, año en que pasó a llamarse Agustín Caffarena.

"Yo entré a trabajar en la Farmacia Ragozza, en 1955, cuando la tenía el nieto del fundador, pero todavía quedaban dos cuartos enormes llenos de preparados" –cuenta Alfredo Luis Ferraresi, empleado de farmacia con muchos años de actividad-. El viejo Ragozza había trabajado en Europa con un discípulo de Pasteur y cuando se instaló en la Argentina se hacía traer todo tipo de drogas. Aunque parezca mentira, después de tantos años, los jarabes, los tónicos y las vitaminas estaban en perfecto estado y mantenían su trasparencia y su buen sabor".

La Boca en el año 1930
(Archivo General de la Nación)

Casas en calle Olavarría

Caminito, la calle más emblemática del barrio

Caminito

Restaurante Ligure

Tertulias de lujo

Ferraresi, que se desempeñó durante muchos años en el barrio, comenzó su carrera en otra de las farmacias emblemáticas de la Boca, la Cánepa, que funcionó por más de ochenta años en la esquina de Olavarría y Del Valle Iberlucea (ex Del Crucero).

Creada en la segunda década del siglo XX, estuvo en manos de su fundador hasta alrededor de 1930 en que la compró Amadeo Barrios, un recordado farmacéutico que atendió en la misma esquina hasta la década del setenta.

Aunque ubicado en un lugar privilegiado por la cantidad de gente que convocaba el mercado Garibaldi, centro inevitable para hacer los "mandados" a sólo unos pasos de la farmacia, a Barrios le tocaron unos primeros años difíciles para el comercio, ya que la crisis del treinta se hacía sentir, sobre todo, en los barrios más pobres. Tanto fue así en la Boca, que para paliar el deterioro de las condiciones de vida, el gobierno de la ciudad debió construir baños públicos, para que las numerosas personas que vivían en conventillos y pensiones tuvieran acceso a baños con agua caliente y toallas.

Pero Ferraresi llegó a la farmacia años más tarde, cuando a poco de morir su padre, los empleados de la Cánepa le dijeron "Venite a trabajar con nosotros". A comienzos de 1946, con sólo trece años, se inició como cadete bajo la tutela de Barrios. "Tuve una familia en la farmacia –asegura-. Al poco tiempo de entrar, Barrios me hizo afiliar al sindicato y anotarme en los cursos de capacitación para que aprendiera el trabajo de laboratorio. Era un hombre increíble, muy amable y siempre te solucionaba todo. Si el cliente no tenía la plata para un medicamento, se lo llevaba igual y lo pagaba en otro momento".

Treinta pesos por mes era el sueldo de cadete en aquellas épocas, pero siempre había alguna entrada más. Cuentan que Barrios decía que las monedas que se caían al piso no había que levantarlas y cuando se hacía la limpieza, se juntaban las monedas y él las repartía entre los cadetes. Y también había que dar inyecciones, llevar tubos de oxígeno a los pacientes que lo requerían y algunas otras tareas, que los empleados cobraban por su cuenta, aunque con el beneplácito de Barrios para que las hicieran en el horario de trabajo.

Pero no todo era trabajo. Los pintores Benito Quinquela Martín y Miguel Carlos Victorica, músicos y jugadores de fútbol de Boca y de River y vecinos con distintos intereses se concentraban en la farmacia en las semanas de turno, que empezaban el domingo a la mañana y terminaban el sábado a la noche. Y así, con el fondo de la música de la victrola, café o vaso de vino de por medio, se sucedían los temas en conversaciones que se prolongaban hasta la madrugada.

A los pintores boquenses también se los recuerda en otra tertulia de fines de la década de 1930. La del boticario González, en la farmacia ubicada en Rocha y Pedro de Mendoza, cuyo local ocupaba la parte inferior de la casa donde vivía Victorica. El lugar de reunión se mantuvo cuando el farmacéutico Marzinelli se hizo cargo del establecimiento y también cuando lo mudó a Palos y Olavarría.

Algo similar ocurriría en las otras farmacias recordadas del barrio, como la Messina, en Brandsen y Del Valle Iberlucea; la Inglesa, en Ministro Brin; la Cané, en la calle Patricios; la Del León, frente a la plaza Brown; la Italiana, de Mastronardi, y la Minuchin, en Brown y Aristóbulo del Valle.

Un tema infaltable de esos encuentros era, seguramente, la "segunda república".

La Boca en el año 1930 (Archivo General de la Nación)

Inundación

Puerto de Buenos Aires

En 1907, un grupo de jóvenes, en su mayoría inmigrantes y vinculados con la industria naval, había fundado la "República de la Boca", con escudo propio y la presidencia de Roberto T. Hosking. Luego de un tiempo de reuniones y bailes, la asociación comenzó a languidecer hasta que desapareció. Pero, en 1923, nació la "segunda República", comandada por José Víctor Molina, que se proclamó "presidente dictador", e integrada, entre otros, por Quinquela, Juan de Dios Filiberto, Amado Cichero y Victoriano Caffarena. Con bandera y marcha oficial, este grupo tuvo un carácter más popular que el anterior y se sucedieron los desfiles, las grandes fiestas y las colectas para el hospital Argerich.

Pasados los años, la necesidad de revitalizar esta organización hizo que el 20 de septiembre de 1986 se proclamara la "tercera República", esta vez acompañada por el ritmo de "Caminito". El objetivo principal que se plantearon sus impulsores es la preservación del patrimonio edilicio y cultural del barrio, y la recuperación de una historia tan rica y especial que merece ser contada con todos los detalles.

Datos históricos

• El barrio toma el nombre de "la Boca del Riachuelo", tal como se denominaba la desembocadura de ese río.

• A partir de 1800 se instalan los primeros inmigrantes, vinculados en su mayoría con la actividad naviera.

• En 1822 comienzan a rellenarse los terrenos anegadizos y las casas se construyen sobre estacas.

• En 1965 se inaugura el ferrocarril de Buenos Aires a Ensenada.

• El 21 de diciembre de 1869 se constituye la parroquia de San Juan Evangelista, que en 1877 queda a cargo de la congregación salesiana.

• En 1870 se crea el Juzgado de Paz y el barrio adquiere autonomía.

• En 1875 aparece El Ancla, el primer periódico de la Boca.

• En 1884 se crea la Asociación Italiana Bomberos Voluntarios de la Boca.

Casillas de madera
1933

• El 8 de marzo de 1885, nace Juan de Dios Filiberto, el reconocido compositor que le dedica más de un tango al barrio, entre ellos, "Caminito".

• En 1890, nace Benito Quinquela Martín.

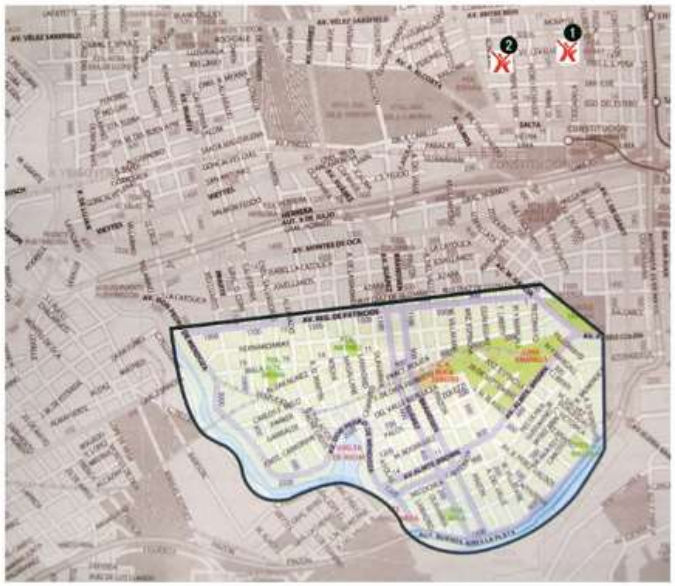
• En los comicios del 13 de marzo de 1904, resulta elegido legislador por el barrio de la Boca el doctor Alfredo Palacios, primer diputado socialista de América.

• En 1901 se funda el Club Atlético River Plate.

• En 1905 se funda el Club Atlético Boca Juniors.

• En 1932 un inmigrante genovés instala la pizzería Banchero en Almirante Brown 1200, que se convertirá en un hito del barrio.

• En 1972 se fijan los límites actuales de la Boca: las avenidas Patricios, Martín García, Brasil y Pedro de Mendoza y las riberas del Riachuelo.



1. Sede Central Laboratorios Monserrat y Eckstein S.A.
Virrey Cevallos 1622/25/27

2. Planta "Edificio Solidario"
15 de Noviembre 1889 Nº 1554/56/68

Farmacias centenarias

De turno: Farmacia

Aunque no es historiadora, sino farmacéutica, Georgina Aragno nos envía muchísimos datos de la historia de su centenaria farmacia, ubicada en la localidad de San Vicente, Santa Fe. Con esta publicación, damos inicio a una serie de artículos con información proporcionada exclusivamente por nuestros lectores, que podrán hacer sus aportes a fundandopueblos@yahoo.com.ar. Fundando Pueblos publicará en este espacio las historias de farmacias centenarias de nuestro país que todavía estén en actividad.

La farmacéutica Aragno no es la única de su familia que abrazó la profesión: su hermano Mauricio también siguió sus pasos y actualmente ejerce la profesión en Ushuaia.

Nos cuenta Georgina que el primer farmacéutico de San Vicente fue Blas Fallótico, quien se instaló en el verano de 1905. Fallótico había llegado desde Buenos Aires en tren hasta San Carlos y desde allí en diligencia hasta San Vicente, pueblo que por entonces tenía a lo sumo 800 habitantes. Lo acompañaba su esposa, Avelina Demutti, y los seis hijos del matrimonio, entre los cuales posteriormente adquiriría notoriedad José Mario, al inventar el bastón blanco para ciegos.

Fallótico se instaló inicialmente en la casona del vecino José Morero, que los memoriosos recuerdan por su gran patio y su galería perfumada de glicinas. Allí comenzó a preparar sus primeras recetas caseras. Por esa época también llegó el primer médico del pueblo, el doctor Luis Albamonte.

En 1907, la comuna le encargó al señor Blas Fallótico la instalación de una botica, que él llamó "Italiana y que se mantuvo por un siglo en el mismo lugar y con la misma actividad.

En 1920, don Blas empleó como aprendiz a Gumersindo Porro, que por entonces tenía 10 años.

Por entonces, regresó a San Vicente el joven Rafael Capelli, quien había dejado el pueblo para estudiar farmacia en Rosario, donde se había recibido de idóneo. Capelli había hecho sus primeras armas en la actividad en la farmacia Rimoldi, de Rosario, y en 1917 instaló la suya propia en Angélica, pero añoraba el terruño, de manera que decidió el retorno.

Blas Fallótico, fundador, en 1907, de la Botica Italiana, hoy Farmacia Aragno.

En mayo de 1921 se produjo la muerte de don Blas y la familia, decidida a retornar a Buenos Aires, le transfirió el comercio a Capelli, quien de inmediato lo remodeló para ponerlo a la altura de la pujanza que experimentaba el lugar. Con Capelli siguió trabajando Porro y luego se sumó Nelo Pagliero, a quien había mandado a estudiar óptica.

En 1929 fue ampliado el edificio de la farmacia, haciendo construir la actual esquina. Por entonces, la botica despachaba más de 120 recetas por día.

En 1933, Capelli asoció a Gumersindo Porro y se anexaron preparados de uso veterinario, artículos de perfumería y ortopedia, óptica y fotografía.

Fueron regentes de la farmacia Cappelli los farmacéuticos Ernesto Valentini, Bernardo Remez y el doctor Mario Piatti. En 1952, se incorporó como

Aragno, de San Vicente

Rafael Capelli se hizo cargo de la farmacia en 1921, la remodeló y le agregó nuevos servicios y productos.

socio el bioquímico Aldo Boffelli, a cargo del laboratorio de análisis clínicos, quien 10 años más tarde adquiriría la farmacia en su totalidad, rebautizándola con su apellido. Boffelli se mantuvo al frente de la farmacia hasta su fallecimiento, en 1989. Luego, su familia siguió a cargo del local, con la dirección técnica de las farmacéuticas Delicia Roggero de Oitana, Elizabeth Lirnache, Sandra Jalit y Georgina Aragno.

Finalmente, en agosto de 2003 los sucesores del doctor Aldo Boffelli decidieron vender la farmacia, que compró la farmacéutica Georgina Aragno, quien paso a denominarla "Farmacia Aragno".

La nueva titular nos cuenta que conserva parte de su mobiliario original y diversos utensilios que testimonian el siglo de historia de esta farmacia centenaria, heredera de la vieja Botica Italiana.

El relato de la farmacéutica Aragno no concluye con la larga historia de su farmacia, sino que también aporta generosa información de sus colegas. Por ejemplo, cita que en 1962 abrió sus puertas en el lugar la farmacia Pasteur, de la farmacéutica Nelly Megatelli de Viale y el señor Leoncio Ricca, en Mitre 28. Esta farmacia fue adquirida luego por el doctor Jorge Dupraz, que la trasladó a Constitución 216, y cerró en 1991.

En 1985 fue abierta la farmacia del sindicato metalúrgico (UOM); en 1988, se habilitó en Bv. San Martín 150 la farmacia Rovito, de la farmacéutica Roxana Rovito de Giecco; en 1994, la farmacéutica Liliana Mondino de Odaso instala en Belgrano 540 la farmacia Mondino; en 1999, abre la farmacia Jalit, de la farmacéutica Sandra Jalit de Botta, y en 2005, el farmacéutico Cristian Rossi inauguró la farmacia que lleva su nombre.

Bibliografía:

BUCICH, A. J.; El barrio de la Boca; Cuadernos de Buenos Aires; Grupo Editorial Planeta; Ciudad de Buenos Aires; abril 1998.

Buenos Aires. La Boca del Riachuelo; Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires; Buenos Aires; octubre 2005.

CANTON, Eliseo; Historia de la medicina en el Rio de la Plata; Biblioteca de Historia Hispano Americana; Madrid; 1928.

CIGNOLI, F.; Historia de la farmacia argentina; Librería y editorial Ruiz; Rosario; abril 1953.

CLEMENTI, H.; De la Boca... un pueblo; Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, Colección Protagonistas; Buenos Aires, abril 2000.

COSMELLI IBÁÑEZ, J. L.; Historia cultural de los argentinos; Ed. Troquel; Buenos Aires; julio 1975.

CUTOLO, V. O.; Nuevo diccionario biográfico argentino (1750-1930); Ed. Elche; BuenosAires; 1969.

FURLONG, G.; El trasplante social. Historia social y cultural del Río de la Plata 1536-1810; Tipográfica Editora Argentina; Buenos Aires; 1969.

GONZÁLEZ LANUZA, María Matilde di Nucci de; Historia de las ciencias farmaceuticas y bioquímicas; Centro de Ediciones Argentina; Buenos Aires; 1981.

LICEAGA, Jorge A. I.; Historia de la farmacia argentina - Las boticas en la colonia; apartado de la Revista Farmacéutica; 1953.

LICEAGA, Jorge A. I.; Para la historia de la farmacia en la colonia: Francisco Salvio Marull, boticario catalán; Revista de la Universidad de Buenos Aires. V Época, Año II, N°4.

MOLINA, Raúl; Primeros médicos de la ciudad de la Santísima Trinidad; Lancestremere; Buenos Aires; 1948.

URSI, Carlos y MOLINARI, José Luis; La botica de Antonio Ortiz Alcalde; Cuadernos de Buenos Aires; Ciudad de Buenos Aires; 1962.

VARIOS AUTORES; La Boca. El color de Buenos Aires; Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires; Buenos Aires; abril 1998.

ZENEQUELLI, Lilia; Historia de los médicos y boticarios en el Buenos Aires antiguo - 1536-1871; Editorial Dunken; 2002.

Agradecimientos:
personal del Departamento de Documentación Fotográfica del Archivo General de la Nación, de la Academia Nacional de Historia, del Museo de la Farmacia Rosa D'Alessio de Carnevale Bonino de la Facultad de Farmacia y Bioquímica de la Universidad de Buenos Aires, del Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, Alfredo Luis Ferraresi, Farm. René Cárdenas, Flia. Molina

¿Usted tiene datos interesantes sobre las farmacias de su pueblo? ¿Conoce historias o protagonistas? ¿Dispone de material gráfico (fotos antiguas, recetarios y otros documentos) o relatos que permitan reconstruir la historia de esta profesión? Si quiere contribuir a difundirlos, envíelos o díganos cómo podemos acceder a ellos a fundandopueblos@yahoo.com.ar. Esperamos que esas contribuciones puedan ser divulgadas en publicaciones futuras.

FUNDANDO PUEBLOS

EN HOMENAJE A LA PROFESIÓN FARMACÉUTICA ARGENTINA

Laboratorios Monserrat y Edair S. A.